

esta obra y que no sé nada de memoria, pero me acuerdo muy bien que solo contiene observaciones filológicas y que no trae ningun verso, ni ninguna historia.» Todos se echaron á reir á carcajadas. Otra vez, Almanzor habia recibido de un gobernador que se llamaba Mabraman Ibn-Yezid; una carta en que se trataba de «Calb» y de «Tazbil,» es decir de la cultura y del abono. Y dirigiéndose á Zaid, le dijo: «Has visto un libro escrito por Mabraman Ibn-Yezid que lleva por título de «al-cawalib wa-'z-zawalib?—Ah! sí por Dios! le respondió Zaid; hé visto este libro en Bagdad, en una copia que habia sido hecha, por el célebre Ibn-Doraid y en cuyas márgenes habia rasgos como patas de hormigas.—Embusterol el nombre que he dicho, no es el de un escritor, sino el de uno de mis gobernadores que en una carta que me ha enviado me hablaba del cultivo y del abono.—Muy bien, pero no creais por eso que yo he inventado algo, yo no invento nunca nada. El libro y el autor que habeis nombrado existen, palabra de honor, y si vuestro gobernador tiene el mismo nombre que el autor, eso no es mas que una curiosa coincidencia.» Otra vez, le en-

señó Almanzor la colección que el célebre Calí había compuesto. «Si quereis, le respondió Zaid, yo dictaré á vuestro secretario un libro mejor que ese; en el que contaré historias que no se hallan en el libro de Calí.—Hazlo, le respondió Almanzor, que no deseaba otra cosa que verse dedicar un libro superior á el que Calí había dedicado al difunto Califa; pues si él había hecho venir á Zaid á España, era precisamente porque esperaba que había de eclipsar la gloria de Calí, que había ilustrado los reinados de Abderramen III y Haquem II. Zaid puso en seguida manos á la obra, y en la Mezquita de Zahira dictó sus «Engarces de anillo.» Cuando acabó el libro, lo examinaron los literatos de la época. Con gran sorpresa, pero con secreta satisfaccion, vieron que de cabo á rabo, no contenía mas que embustes. Explicaciones filológicas, anécdotas, versos, proverbios, todo era invencion del autor. Ellos por lo menos, así lo declararon, y Almanzor lo creyó. Esta vez se enfadó de veras con Zaid, y mandó tirar el libro al rio. Sin embargo, no le retiró su favor. Desde que Zaid le predijo que el conde de Castilla, García, había de ser hecho pri-

sionero (prediccion que como hemos visto se cumplió,) concibió por él un gran afecto, ó mas bien, un respeto supersticioso. Y luego, el poeta el manifestaba su gratitud de mil maneras, á lo que Almanzor era muy sensible. Por ejemplo, una vez tuvo la idea de reunir todas las bolsas que Almanzor le había enviado llenas de dinero, y hacer con ellas un vestido para su esclavo negro Cafur; fué á palacio, y habiendo conseguido poner al ministro de buen humor, le dijo: «Señor, tengo una súplica que haceros. — ¿Qué quieres?— Que entre aquí mi esclavo Cafur.—Estraña peticion! —Concedédmela.—Pues bien, que entre si quiere.» Cafur, un hombre mas alto que una palmera, entró entónces vestido con una ropa de diversos colores, que parecía el vestido remendado de un mendigo. «Pobre hombre, exclamó el ministro, que mal ataviado está! Por qué le pones esos andrajos?—Hé aquí el objeto: Sabed, señor, que me habeis dado ya tanto dinero, que las bolsas que lo contenian han bastado para vestir un hombre de la talla de Cafur.» Una sonrisa de satisfaccion apareció en los labios de Almanzor. «Tienes un tacto admirable para mostrarme tu gratitud, es-

toy satisfecho de tí) y en el mismo instante le mandó nuevos regalos, entre los que iba un hermoso traje para Cafur. (1) En fin, preciso es decirlo; si hombres como Zaid gozaban el favor del ministro, es porque respecto á literatura, este no tenía la delicadeza de gusto que poseyeron la mayoría de los Omeyas. Se creía obligado á pensionar poetas, pero los consideraba más bien como objetos de lujo, que tenía que mantener por su alta posición, y no tenía un gusto bastante esquisito para distinguir las piedras preciosas de las falsas. En desquite, si no tenía comprensión literaria, la tenía eminentemente práctica. Los intereses materiales del país, tenían en él un inteligente protector. La mejora de los medios de comunicación, le preocupaba sin cesar. Hizo abrir multitud de caminos. En Écija hizo echar un puente sobre el Genil y otro sobre el Guadalquivir en Córdoba,

(1) Véase sobre Zaid á Homaidi, fól. 100, v. 113, r.; Abd-al-wahid, p. 19, 25; Ibn-Khallican, t. I, b. 322, ed. de Slane, y sobre todo á Macca-ri, t. II, p. 52 y sig.

que costó ciento cuarenta mil monedas de oro. (1)

En todos los asuntos, grandes ó chicos, tenía el golpe de vista del génio. Cuando quería emprender un negocio importante, consultaba por lo comun á los grandes dignatarios, pero seguía sus consejos raras veces. Estos hombres, no salían jamás del carril acostumbrado. Esclavos de la rutina, sabían lo que Abderramen III ó Haquen II habían hecho en análogas circunstancias, y no comprendían que pudiera hacerse de otro modo. Y cuando veían á Almanzor seguir su propio pensamiento, gritaban que todo se había echado á perder, hasta que los hechos desmentían evidentemente sus predicciones. (2)

En cuanto á su carácter, verdad es, que para llegar y para mantenerse en el poder, había cometido actos que la moral condena y hasta crímenes, que en manera alguna hemos tratado de atenuar, pero la justicia nos ordena añadir aquí, que siempre que no se ponía en juego su ambicion,

(1) Ibn-Adharit. II, p. 309.

(2) Maccari, t. I, p. 387

era leal, generoso y justo. La firmeza, como hemos tenido ocasion de decirlo, constituía el fondo de su carácter. Una vez tomado un partido, nada podia hacerlo variar. Cuando quería, soportaba los dolores físicos con la misma impasibilidad que los morales. Un dia que tenía un pié malo, se lo hizo cauterizar durante una sesion del consejo. Hablaba como si no le pasara nada y los miembros del consejo no se hubieran apercibido de la operacion, si no les hubiera llamado la atencion el olor de la carne quemada. (1) Todo revelaba en él una voluntad y una perseverancia extraordinarias, lo mismo persistía en sus amistades que en sus ódios; jamás olvidaba un servicio, pero tampoco nunca perdonaba una ofensa. Así lo experimentaron aquellos condiscípulos, á quienes jóven aun, dió á elegir los empleos que habían de ocupar cuando fuera primer ministro. (2) Los tres estudiantes que en aquella ocasion habían parecido tomar su proposicion en sério y que dijeron los empleos que ambicionaban, los

(1) Maccari, t. I, p 274.

(2) Véanse antes las pag. 138, 139 y 140.

obtuvieron en efecto, cuando fué ministro, mientras que el cuarto que había hablado de una manera inconveniente, espíó su imprudencia con la pérdida de sus bienes. (1) Sin embargo, algunas veces, cuando se había equivocado y lo conocía, conseguía vencer la terquedad de su carácter. Un día en que se trataba de conceder una amnistía, leía la lista de los presos, cuando se fijaron sus ojos en el nombre de uno de sus servidores contra el que había concebido un ódio violento y que estaba en la cárcel hacía mucho tiempo, sin que mereciera ser tratado de este modo. «Este, escribió al margen, permanecerá donde está, hasta que el infierno venga á reclamarlo.» Pero llegó la noche, en vano buscó el descanso, le atormentaba la conciencia y en ese estado intermedio que no es ni sueño, ni vela, figuróse ver un hombre de una fealdad asquerosa y de unas fuerzas sobre humanas, que le decía: «Devuelve la libertad á ese hombre ó serás castigado por tu injusticia.» Trató entónces de desechar estas negras visiones y no pudiendo lograrlo, man-

(1) Ibn-al-Khatib man. G. fól, 118 r.

dó traer á su cama avíos de escribir y dió la orden de poner al preso en libertad, pero añadiendo estas palabras: «Este hombre debe su libertad á Dios y Almanzor no ha consentido en ella sino á su despecho.» (1)

En otra ocasion bebía con el visir Abu-'l-Moghira ibn-Hazm, en uno de sus soberbios jardines de Zahira, porque, apesar del respeto que manifestaba á la religion, bebió vino toda su vida á escepcion de los dos años que precedieron á su muerte. (2) Era la tarde, una de esas hermosas tardes que no hay mas que en los países privilegiados del Mediodía. Una hermosa cantadora á quien Almanzor amaba, pero que había concebido una gran pasion por el huesped del ministro, cantó estos versos:

Huye el dia y la luna muestra ya la mitad de su disco. El sol que se oculta, parece una mejilla y las tinieblas que se acercan el bello que la cubre, el cristal de las copas, agua helada, y el vino, fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados que nada puede excusar. ¡Ayl gentes de mi familia, yo amo á un jóven que

(1) Maccari, t. II, p. 273.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 110.

no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah! que yo no pudiera arrojarme á él y estrecharlo contra mi corazón.

Abu-'l-Moghira comprendió demasiado bien la intención de estos versos y tuvo la imprudencia de responder enseguida con estos otros:

El medio, el medio de aproximarme á esa belleza que está rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah! si yo tuviera la convicción de que es sincero tu amor, yo arriesgaría de buena gana mi vida por poseerte. Un hombre generoso cuando quiere alcanzar su fin no teme ningún peligro.

Almanzor no aguantó más. Bramando de cólera sacó su espada, y dirigiéndose á la cantadora: «Dime la verdad, le gritó con voz de trueno; ¿es al visir á quien se dirige tu canto?—Una mentira podría salvarme, le respondió la valiente jóven, pero nó mentiré. Sí, su mirada me ha traspasado el corazón, el amor me lo ha hecho decir, me ha hecho decir lo que yo quería callar. Podéis castigarme, señor, pero sois tan bueno, sois tan amigo de perdonar cuando se confiesan las faltas...» Y

diciendo esto se deshizo en lágrimas. Almanzor la había perdonado ya á medias, pero ahora se tornó á su cólera contra Abu-'l-Moghira y le abrumó con un torrente de reprensiones. El visir lo escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar, le dijo: «Señor, convengo en que hé cometido una gran falta, convengo en ello, ¿pero qué podía hacer? Cada uno es esclavo de su destino, ninguno lo elige, todos lo sufren, y el mio ha querido que yo amara á la que no debo amar.» Almanzor guardó silencio por algunos instantes. «Pues bien! dijo al fin, á ambos os perdono. ¡Abu-'l-Moghira! la que amas es tuya; yo soy quien te la dá.» (1)

Su amor á la justicia habia pasado en proverbio. Quería que se egerciera sin acepcion de personas, y el favor que dispensaba á algunos individuos, no los colocaba nunca por cima de las leyes. Un hombre del pueblo se presentó un dia en la audiencia. «Defensor de la justicia, le dijo, tengo que quejarme del hombre que se encuentra

(1) Maccari, t. I, p. 406, 407. En la página 407, l. 4, leo «'an» en lugar de «fi.»

detrás de vos» y señaló con el dedo al Es-lavo que tenía el empleo de porta-escudo y del que Almanzor hacía mucho caso. «Lo he citado delante del juez prosiguió, pero no ha querido ir. —¿De veras? dijo entón-ces el ministro. ¿No ha querido ir y el juez no lo ha obligado? Yo creía que Abderra-men ibn-Fotais (este era el nombre del juez) tenía mas energía. Y bien, amigo mio, ¿de qué te quejas?» El otro le contó entón-ces que había hecho un contrato con el Es-lavo y que este lo había roto. Cuando acabó de hablar, dijo Almanzor: «Mucho nos dan que hacer estos servidores de nuestra casa,» y dirigiéndose al Es-lavo, que temblaba de miedo: «Entrega el escudo al que está á tu lado, le dijo, y vé humildemente á respon-der delante del tribunal á fin de que se haga justicia..... Y vos continuó dirigiéndose al prefecto de policía, conducid á entrambos ante el juez y decidle que si mi Es-lavo ha contravenido al contrato, yo deseo que se le aplique la pena mas grave, la prision ó cualquiera otra.» Y habiendo dado la ra-zon el juez al hombre del pueblo, este, vol-vió á presentarse á Almanzor para darle las gracias. «Nada de gracias, le dijo el mi-nistro, tú has ganado tu pleito, está bien y

debes estar contento, pero yo lo estoy aún, yo tengo tambien que castigar al bribon que no se ha avergonzado de cometer una bajeza estando á mi servicio.» Y lo despidió.

Otra vez, su mayordomo tenía un pléito con un mercader y fué requerido por el juez, para que prestara juramento: pero creyendo que el empleo elevado que ocupaba le ponía al abrigo del procedimiento, se negó á ello. Pero un dia que Almanzor llegó á la mezquita acompañado de su mayordomo, se le acercó el mercader y le contó lo que había pasado. El ministro hizo arrestar al mayordomo en el mismo instante, mandando que lo condujeran delante del juez y cuando supo que había perdido el pléito lo destituyó. (1)

En resúmen, si los medios que Almanzor empleó, para apoderarse del poder, deben ser condenados, es preciso sin embargo, confesar, que una vez que lo obtuvo lo ejerció noblemente. Si el destino lo hubiera hecho nacer en las gradas del trono, acaso hubiera habido poco que censurarle, quizás

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 310, 311.

entonces, hubiera sido uno de los príncipes mas grandes que recuerda la historia, pero habiendo visto el dia en un antiguo castillejo de provincia, se vió obligado para alcanzar el objeto de su ambicion á abrirse camino á través de mil obstáculos y debe sentirse que tratando de vencerlos, se preocupara rara vez de la legitimidad de los medios. Era, bajo muchos respectos, un grande hombre, y sin embargo por poco que se consideren los eternos principios de la moral, es imposible amarlo y hasta se hace difícil admirarlo.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

XIII.

Cuando Mudhaffar estuvo de vuelta en Córdoba, despues de la muerte de su padre, hubo un motin. El pueblo exigía á gritos que se presentara el soberano y que gobernara por sí mismo. En vano Hixem II mandó á decir á la multitud que quería continuar llevando una vida libre de cuidados: ella persistió en su demanda y Mudhaffar se vió obligado á dispersarla á mano armada. (1) Sin embargo, el órden desde entónces no volvió á turbarse. Verdad es que un nieto de Abderramen III, llama-

(1) Nowairi, p. 472.

do Hixem, conspiró contra Mudhaffar, pero este advertido á tiempo, lo previno, haciéndolo matar, (Diciembre de 1006). (1) Este gobernó el Estado como su padre. Consiguió muchas victorias contra los Cristianos, y durante su reinado la prosperidad fué siempre creciendo. Fué una edad de oro, se dijo mas adelante. (2)

Sin embargo, un cambio muy importante se había verificado. La antigua sociedad árabe, con sus virtudes y sus prejuicios, había desaparecido. Abderramen III y Almanzor se habían propuesto conseguir la unidad nacional y lo habían logrado. La antigua nobleza árabe había quedado anodada en la lucha que había sostenido contra el poder real; vencida y destrozada, estaba ya empobrecida y arruinada y los antiguos nombres se extinguían de día en día. La nobleza cortesana, que estaba ligada á los Omeyas por los lazos de la clientela, se había sostenido mejor. Los

(1) Ibn-al-Abbar, p. 159; Ibn-Haiyan («apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 30 r.-31 v.) trae un relato detallado de esta conspiración.

(2) Ibn-al-Abbar, p. 149.—Falto de documentos he tenido que pasar rápidamente por el reinado de Mudhaffar.

Abu-Abda, los Chohaid, los Djahwar y los Fotais, (1) eran todavía casas ricas y envidiadas. Pero los hombres mas poderosos de entonces eran los generales berbericos y eslavos (2) que debian su fortuna á Almanzor. Como eran advenedizos y extranjeros, inspiraban poco respeto. Considerábanlos además como bárbaros, y se quejaban de sus vejaciones. Por otra parte, los hombres de la clase media se habian enriquecido con el comercio y la industria. Ya bajo el reinado tan turbado, sin embargo, del Sultan Abdallah, se habian visto negociantes é industriales que habian reunido rápidamente grandes fortunas, sin más capital que el que le habian prestado sus amigos, (3) y ahora que el pais gozaba de una completa tranquilidad, se hacían tan fácil y tan frecuentemente estas fortunas, que ya nadie se admiraba. Sin

(1) Estas cuatro familias eran las principales de la nobleza cortesana. Véase Ibn-Adhari, t, II, página 290.

(2) Bajo el nombre de eslavos se comprendían tambien los cristianos del Norte de España que servían en el ejército musulman. Véase Ibn-al-Khatib, artículo sobre Hobasa, man. G. fól. 124 r.

(3) Khochani, p. 327.

embargo, esta sociedad tan floreciente en apariencia, llevaba en sí misma el germen de su destrucción. Si la lucha de razas había cesado, iba á aparecer bajo la forma de lucha de clases. El obrero, detestaba á su patrono; el ciudadano envidiaba al noble, y todos convenían en maldecir á los generales, á los berberiscos sobre todo. En el seno de una inesperienza universal, había una vana aspiración á novedades. La religión estaba espuesta á rudos ataques. Las medidas que había tomado Almanzor, contra los filósofos, no habían dado los frutos que el clero se había prometido. Multiplicábanse por el contrario los «espíritus fuertes» y el escepticismo, que constituye el fondo del espíritu árabe, revestía cada día formas más científicas. Los discípulos de Ibn-Masarra, los Masarria como se los llamaba, formaban una secta numerosa. (1) Otras sectas propagaban también doctrinas muy atrevidas. Una de ellas, parece haber salido del seno del mismo clero. Sus partidarios, habían estudiado por lo

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre las religiones,» t. II, fól. 80 v., 146 r. y v.

menos, las tradiciones relativas al Profeta pero sus estudios, si hemos de creer á un teólogo ortodoxo, habían sido superficiales y se habían dirigido con preferencia sobre libros apócrifos, compuestos por materialistas que tenían intencion de minar los fundamentos del Islamismo. De ahí la singular idea que se formaban del universo. La tierra, decían, descansa sobre un pescado, este pescado está sostenido en el cuerno de un toro, este toro se halla en una roca que un ángel lleva sobre su cuello, debajo de este ángel están las tinieblas y por bajo de las tinieblas, hay un agua que no tiene fin. Bajo estas extrañas y oscuras fórmulas, que acaso no eran mas que símbolos, los teólogos encontraban una herejía gravísima; la secta creía que el universo era ilimitado. Enseñaba además, que bien se podía imponer una religion por fraude ó por violencia, pero que no puede probársela con argumentos racionales. Sin embargo, al mismo tiempo, era hostil á las obras filosóficas de la Grecia, (1) en las que por el contrario, otra secta se apoyaba.

(1) Ibn-Haiyan, t. I, fól. 128 r. y v.

Esta se componía de naturalistas. El estudio de las Matemáticas, los había llevado al de la Astronomía. Para creer en la religion pedían pruebas matemáticas y no encontrándolas la declaraban absurda. Menospreciaban todos los mandamientos, la oracion, el ayuno, la limosna, la peregrinacion, todo esto no era á sus ojos mas que un delirio. Los faquíes no dejaban de dirigirles la censuras que los teólogos de todos tiempos han solido dirigir á los que se han separado de las doctrinas recibidas; los acusaban de no proponerse á otro fin en su vida mas que el de enriquecerse á fin de poder entregarse á placeres de toda especie, sin respeto á las leyes de la moral. (1)

Sin embargo, las sectas que atacaban abiertamente al islamismo, no eran las mas peligrosas; otras que querian vivir en paz con él y que se reclutaban no solo entre los Musulmanes, sino tambien entre Cristianos y Judíos, lo eran mucho mas, porque bajo el nombre de religion universal (2) predicaban el indiferentismo, y los teólo-

(2) Ibn-Hazm, t. I, fól. 128 r.

(3) «Al-milla al-collíya» en árabe.

gos musulmanes no ignoraban que si las religiones perecen, no es nunca por los ataques directos, sino siempre por la indiferencia. Los que habian adoptado estas doctrinas, diferian en algunos puntos y unos iban mas lejos que otros, pero todos profesaban un supremo desden á la dialéctica. «El mundo, dicen, está lleno de religiones, de sectas y de escuelas filosóficas que mutuamente se ódian y se execran. Ved á los Cristianos! El Melquita, no puede sufrir al Nestoriano, el Nestoriano detesta al Jacobita, y cada uno condena al otro. Entre los Musulmanes el Motazelita declara que todos los que no piensan como él son incrédulos, el No-conformista, se cree obligado á matar á todos los que pertenecen á otra secta, y el Sunnita no quiere tener nada de comun, ni con el uno ni con el otro. Entre los Judíos sucede lo mismo. Los filósofos se condenan un poco menos pero no se encuentran más de acuerdo. Y cuando uno se pregunta, cuál entre esta infinidad de sistemas filosóficos y teológicos es el verdadero, es preciso decir que tanto vale uno como otro. Los argumentos de cada campeon tienen la misma fuerza, ó si se quiere la misma debilidad, solo

que uno sabe mejor que otro, manejar las armas de la dialéctica. ¿Quereis la prueba? Id á esas reuniones en que disputan hombres de opiniones diferentes. ¿Qué veréis allí? Que el vencedor de ayer, es el vencido de mañana, y que en estas doctas asambleas la fortuna de las armas es tan variable, como en los verdaderos campos de batalla. El hecho es que allí cada uno habla de cosas de que nada sabe, y de que nada puede saber.»

Algunos de estos escépticos, aceptaban, sin embargo, un pequeño número de pruebas. Había quienes creían en la existencia de Dios, creador de todas las cosas y en la mision de Mahoma; todo lo demás, decían, puede ser verdadero ó nó; no lo afirmamos ni lo negamos, lo ignoramos; pero nuestra conciencia no nos permite aceptar doctrinas cuya verdad no nos ha sido demostrada. Estos eran los moderados. Otros aceptaban solamente la existencia de un creador, y los mas avanzados no profesaban creencia alguna. Decían que la existencia de Dios, la creacion del mundo, etc., no habian sido probadas, pero que tampoco lo había sido, que Dios no existiera, ó que el mundo hubiera existido de toda

eternidad. Algunos enseñaban que es preciso conservar por lo menos en apariencia la religion en que se ha nacido; otros sostenian que la religion universal es la única cosa necesaria, y entendian bajo este nombre los principios morales que toda religion predica, y que la razon aprueba. (1)

Los novadores en materias religiosas tenían una gran ventaja sobre los novadores en materias de gobierno: sabian lo que querian. En política, por el contrario, nadie tenía ideas bastante fijas. Estaban descontentos de lo que había y se figuraban que por la marcha progresiva de la situacion, la Sociedad iba á una revolucion derecha. Almanzor había previsto esta revolucion. Un día que contemplaba su soberbio palacio de Zahíra, y los magníficos jardines que lo rodeaban, se echó á llorar de pronto, exclamando: «¡Desdichada Zahira! ¡Quisiera conocer al que dentro de poco te ha de destruir!» Y cuando el amigo que le acompañaba le manifestó su sorpresa por esta exclamacion, le dijo: «Tú mismo has de ser testigo de esta catástrofe. ¡Ya veo sa-

(1) Ibn-Hazm, t. II, fól. 228 r.-230 v.

queado y arruinado este hermoso palacio, ya veo á mi pátria devorada por el fuego de la guerra civil» (1) Pero si esta revolucion se verificaba ¿cuál sería su fin y por qué medios se realizaría? Esto es de lo que nadie se daba cuenta, mas había al menos una cosa en que todo el mundo estaba de acuerdo, en que se quitara el poder á la familia de Almanzor. Este deseo no tiene nada de extraño. Los pueblos monárquicos, no quieren que el poder sea ejercido, por nadie mas que por el monarca. Así, que todos los ministros, que por decirlo así, han substituido al soberano, han sido siempre objeto de un ódio violento é implacable, cualesquiera que hayan sido sus aptitudes y sus merecimientos. Esta consideracion bastaría en rigor, para esplicar la aversion que inspiraban los Amiridas, pero conviene no olvidar tampoco, que habían lastimado legítimos sentimientos y afecciones. Si se habían contentado hasta aquí con ejercer el poder en nombre de un príncipe onmiada, había dejado sin embargo conocer, que ponían mas alta la mira, que ambicionaban el

(1) Maccari, t. I, p. 387.

trono. Esta ambicion había exasperado contra ellos, no solo á los príncipes de la dinastía, que eran muchos, sino tambien al clero que era muy adicto al principio de legitimidad y á la nacion en masa que era muy afecta á la dinastía ó que por lo menos creia serlo. Únase á esto, que la nobleza cortesana deseaba la caida de los Amiridas, porque se prometía de cualquier cambio un aumento de poder y que el pueblo bajo de la capital aplaudía anticipadamente toda revolucion que le permitiera saquear á los ricos y saciar el ódio que les tenían.

Esta última circunstancia, parece que hubiera debido servir para hacer á las clases acomodadas mas prudentes. Córdoba había llegado á ser una ciudad manufacturera, que encerraba millares de obreros; el mas pequeño motin, podía tomar en un instante un carácter sumamente alarmante; de él podía resultar una guerra terrible entre los pobres y los ricos. Mas tal era la inesperienza que nadie parecía haber notado, la inminencia de este peligro.

Las clases acomodadas, no veían todavía en los obreros, mas que auxiliares y creían que todo entraría en caja desde el

momento en que se descartaran de los Amiridas.

La caída de los Amiridas era pues, un deseo casi universal, cuando Modhaffar murió en la flor de sus años (Octubre de 1008). Sucedióle su hermano Abderramen. Los sacerdotes odiaban á este jóven. Á sus ojos su origen era ya una mancha imborrable, porque su madre era hija de un Sancho, ya sea del conde de Castilla, ya sea del rey de Navarra. (1) Así, que no se le llamaba mas que Sanchol, (2) «Sanchuelo» y con este apodo es conocido en la historia. Su conducta era poco apropósito para hacer olvidar su nacimiento. Amando los placeres con pasión no tenía escrúpulo de beber vino públicamente, y se refería con profunda indignacion que, un dia que oía al muezin gritar desde lo alto de un minarete: «¡Corred á la oracion!» había dicho: «Mejor haría en decir, corred á la copa.» (3) Se le acusaba además, de haber

(1) Véanse sobre este punto mis «Recherches», t. I, p. 205 y sig.

(2) Hoy se diría Sanchuelo, pero en la época de que se trata se decía Sanchol. Véanse mis «Recherches», t. I, p. 206.

(3) Nowairi, p. 473, 479.

envenenado á su hermano Mudhaffar, y se refería á este propósito, que, habiendo cortado una manzana con un cuchillo untado por un lado de veneno, se había comido la mitad, despues de haberle dado la otra á su hermano. (1)

Estas inculpaciones eran acaso aventuradas, pero lo que es cierto, es, que Sanchol no tenía el talento ni la habilidad de Almanzor ni de Mudhaffar. Y sin embargo, se atrevió á hacer lo que ni uno ni otro se habian atrevido. Reyes de hecho, habian dejado, sin embargo, á un Omeya el título de monarca, y no habian sido Califas apesar de la mucha gana que tenían de serlo. Sanchol concibió el temerario proyecto de conseguirlo, haciéndose declarar presunto heredero de la corona. Habló de este designio á algunos hombres influyentes, entre los cuales los principales eran el Cadí Ibn-Dhacwan y el secretario de Estado Ibn-Bord, y cuando estuvo seguro de su concurso, dirigió su peticion á Hixem II. Apesar de su nulidad, parece que el Ca-

(1) Ibn-al-Athir, en el año 366; «Raihan;» «An. Tol., II,» (p. 403.)

lifa retrocedió un instante ante tan grave demanda, tanto más, cuanto que según la comun opinion, Mahoma había dicho que el poder no pertenecía mas que á la raza Maá dita. Consultó á algunos teólogos, pero aquellos á quienes se dirigió, obedecian á las inspiraciones de Ibn-Dhacwan. Así, que le aconsejaron consentir en la demanda de Sanchol, y para vencer sus escrúpulos le citaron las palabras del Profeta, que había dicho: «No llegará el último día hasta que tenga el cetro un hombre de la raza de Cahtan.» (1) El Califa se dejó persuadir, y un mes despues de la muerte de su hermano, Sanchol, fué declarado heredero del trono, en virtud de una ordenanza redactada por Ibn-Bord. (2)

Esta ordenanza puso el colmo al descontento de los Cordobeses. Todo el mundo repetía estos versos, que un poeta acababa de componer: «Ibn-Dhacwan é Ibn-Bord han ofendido la religion de una manera inaudita. Se han rebelado contra el

(1) Ibn-al-Abbar, p. 150.

(2) El texto de este documento se encuentra en Ibn-Bássam (t. I, fól. 24 v.); Nowairi, Ibn-Khaldun y Maccari, (t. I, p. 277, 298.)

Dios, de verdad, pues han declarado al nieto de Sancho heredero del trono.» (1) Se refería con gran satisfacción que, pasando por delante del palacio de Zahira, un santo varon había exclamado: «¡Palacio que te has enriquecido con los despojos de tantas casas, quiera Dios que pronto todas las casas se enriquezcan con los tuyos!» (2) En una palabra, el ódio y la mala voluntad, se manifestaban donde quiera. Sin embargo, la rebelion á mano armada, no se manifestaba todavía; el pueblo se dejaba aun intimidar y contener por la presencia del ejército. Pero este se iba á marchar. Engañado por la aparente tranquilidad que en la ciudad reinaba, Sanchol había anunciado que iba á hacer una campaña contra el reino de Leon, y el viernes 14 de Enero de 1009, salió de la capital al frente de sus tropas. Había tenido la idea de ponerse un turbante, que en España no era llevado sino por los legistas y los teólogos, y mandó que sus soldados hicieran otro tanto. Los Cordobeses vieron

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 207.

(2) Maccari, t. I, p, 388.

en este capricho un nuevo ultraje á la religion y á sus ministros.

Habiendo pasado la frontera, en vano intentó Sanchol obligar á Alfonso V á bajar de las montañas en que se había hecho fuerte, y habiendo puesto la nieve impracticables los caminos, se vió forzado á emprender la retirada, (1) mas apenas hubo llegado á Toledo, cuando supo que había estallado una revolucion en la capital.

Un príncipe de la casa de Omeya, llamado Mohamed, se había puesto al frente del movimiento. Hijo de aquel Hixem que Mudhaffar había hecho decapitar, y por consiguiente viznieto de Abderramen III, se había mantenido oculto en Córdoba para escapar á la suerte de su padre, y en este período había hecho conocimiento con muchos hombres del pueblo. Gracias al oro que no economizaba, gracias tambien al apoyo de un faquí fanático, llamado Hasan-Ibn-Yahya, y el concurso de muchos Omeyas, reunió bien pronto una partida de cuatrocientos hombres intrépidos y resuel-

(1) Ibn-al-Amir, en el año 366. Se dió á esta campaña el nombre de campaña del barro. (Nowairi, p. 474.)

tos. El rumor de una conspiracion llegó á oídos del Amirida Ibn-Ascaledja, á quien Sanchol había confiado durante su ausencia el gobierno de Córdoba; mas este rumor era tan vago, que Ibn-Ascaledja, aunque hizo registrar muchas casas sospechosas, nada descubrió. Habiendo fijado para el Mártes 15 de Febrero la ejecucion de su proyecto, Mohamed eligió entre los suyos treinta de los mas determinados, á quienes ordenó que fueran por la tarde al terraplen que había cerca de palacio, llevándose armas ocultas bajo los vestidos. «Yo iré á reunirme con vosotros una hora antes de ponerse el sol, les dijo; pero cuidado con que hagais nada ántes de que os dé la señal.»

Los treinta hombres fueron á su puesto y no despertaron sospecha alguna, porque el terraplen de palacio, que daba vista al arrecife y al rio, era un paseo muy frecuentado. Mohamed hizo tomar las armas á los demás partidarios, mandándoles que estuvieran listos. Luego se montó en su mula, y habiendo llegado al terraplen, dió á sus treinta hombres la señal de precipitarse sobre la guardia de la puerta de palacio. Atacados los soldados de impro-

viso, fueron fácilmente desarmados, y Mohamed fué corriendo al departamento de Ibn-Ascaledja, que en aquel momento charlaba y bebía con dos muchachas de su harem. Antes que hubiera tenido tiempo de defenderse, había dejado de existir.

Á los pocos instantes los demás conjurados, á quienes su jefe había hecho avisar, empezaron á recorrer las calles gritando: ¡Á las armas! El éxito escedió á sus esperanzas. El pueblo, que no esperaba más que una ocasion, una señal, para sublevarse, los siguió dando gritos de alegría, y atraídos por el ruido, los campesinos de los alrededores, vinieron á reunirse á la multitud. Fueron á la prision dorada de Hixem II, é hicieron dos brechas en la muralla. El desdichado monarca esperaba que alguien viniera á socorrerlo. Los altos dignatarios estaban en Zahira, donde podian disponer de algunos regimientos de esclavos y de otras procedencias, pero al recibir la noticia de que había estallado un motin, creyeron al principio que Ibn-Ascaledja lo sujetaría fácilmente, y cuando luego supieron que la cosa era mas seria de lo que se habían figurado, se quedaron helados de miedo. Parecía que todo el mundo ha-

bía perdido la cabeza y nada se hizo para libertar al monarca. Este que temía á cada momento ver el palacio invadido por la multitud, tomó al fin el partidó de enviar un emisario á Mohamed, para que le dijera que si le perdonaba la vida abdicaría en su favor. «¡Pues qué! respondió Mohamed, piensa el Califa que he tomado las armas para matarlo? No, las he tomado porque he visto con dolor que quería quitar el poder á nuestra familia. Es libre de hacer lo que quiera, pero si es su voluntad cederme la corona, se lo agradeceré mucho y podrá pedirme lo que guste.» Luego mandó venir teólogos y algunos notables á quienes ordenó que redactaran un acta de abdicacion, y habiendo sido firmada por Hixem, él pasó en palacio el resto de la noche. Á la mañana siguiente, nombró á uno de sus parientes primer ministro, confirió á otro Omeya el gobierno de la capital y los encargó de alistar en el ejército á los que quisieran. Fué tan grande y general el entusiasmo, que todo el mundo corría á hacerse soldado; hombres del pueblo, ricos negociantes, labradores de las cercanías, imanes de las mezquitas y piadosos hermitaños todos querían adelantarse á los de-

más, todos querían deramar su sangre en pró de la dinastía legítima y en contra del libertino que había querido usurpar el trono.

Mohamed ordenó enseguida á su primer ministro, que fuera á apoderarse de Zahira. Los dignatarios que allí había, no pensaron siquiera en defenderse, sino que se apresuraron á someterse y á pedir perdon al nuevo Califa. Este se lo concedió, no sin haberles censurado duramente su connivencia en los proyectos ambiciosos de Sanchol.

Así se hundió en menos de veinticuatro horas el poder de los Amiridas; nadie se hubiera figurado tan buena y tan rápida fortuna. En Córdoba era universal el contento, pero en nadie era mas vivo que en las clases inferiores. El pueblo, que camina siempre de prisa, tanto en su alegría como en su cólera, veía abrirse ante sus ojos un feliz porvenir; pero si la clase media hubiera presentido las grandes y dolorosas consecuencias de esta revolucion, se hubiera guardado mucho de tomar parte en ella y hubiera pensado probablemente que el despotismo ilustrado de los Amiridas, que había dado al país prosperidad envidiable y gloria militar, valía mas que la anarquía y el régimen arbitrario de la soldadesca.

que iban á pesar sobre ella.

No faltaron desde el primer momento los escesos que de ordinario acompañan á toda revolucion hecha por el pueblo. Mohamed, que podía mandar que saqueran, no tenía bastante autoridad para prohibirlo. Previendo lo que iba á suceder, había dado orden de trasportar á Córdoba los objetos preciosos que se encontraban en Zahira, pero los pillos habían puesto ya manos á la obra. Se llevaron de palacio hasta las puertas y las ensambladuras y muchas casas que pertenecían á las hechuras de Almanzor, fueron tambien saqueadas. Durante cuatro dias, Mohamed no pudo ó no se atrevió á hacer nada contra estos ladrones. Consiguó al fin reprimir su audacia y eran tantas las riquezas amontonadas en Zahira, que sin contar lo que el pueblo se había llevado, se encontraron allí millon y medio de monedas de oro y dos millones y cien mil monedas de plata. Algun tiempo despues se descubrieron además cajitas en que había doscientas mil monedas de oro. Cuando el palacio quedó enteramente vacío, le pegaron fuego y pronto esta magnífica residencia no fué mas que un monton de ruinas.

En este entretanto, dos actas oficiales habían sido comunicadas después de los oficios del viernes (18 de Febrero) al pueblo reunido en la mezquita. La primera contenía la enumeración de los delitos de Sanchol y la orden de maldecirlo en las oraciones públicas, y en virtud de la segunda, muchos nuevos impuestos fueron abolidos. Ocho días después, Mohamed anunció al pueblo que había tomado el sobrenombre de Madhi, (1) con que lo designaremos en adelante, y cuando se bajó de la cátedra, se leyó un llamamiento á la guerra contra Sanchol. Esta última proclama tuvo un éxito prodigioso. El entusiasmo de la capital, se había comunicado á las provincias, de modo, que al poco tiempo se vió Madhi al frente de un ejército numeroso. Pero como el pueblo que había hecho la revolución no quería dejarse mandar por los antiguos generales que todos habían sido del partido de Almanzor, este ejército tuvo por jefes hombres del pueblo ó de la clase media, médicos, tejedores, carniceros y guarnicioneros. Por primera vez se había

(1) Al-Mahdi billah, «guiado por Dios.»

democratizado la España musulmana; el poder se había escapado, no solo á los Amiridas, sino á los nobles en general.

Entretanto, Sanchol, cuando recibió en Toledo la noticia de la insurreccion de la capital, se dirigió á Calatrava. Tenía intencion de reprimir la rebellion con la fuerza, pero durante su marcha muchos soldados le abandonaron, y cuando quiso que los que quedaban le prestasen juramento de fidelidad, estos rehusaron diciendo que ya habian jurado una vez. Lo mismo respondieron los Berberiscos á quien los Amiridas habian enriquecido, y con quienes Sanchol creia que podia contar. Ignoraba que el reconocimiento y la adhesion no entraban en el número de sus virtudes. Considerando perdida la causa de sus bienhechores, no pensaban mas que en conservar sus riquezas con una pronta sumision al nuevo Califa, y ni siquiera se tomaban el trabajo de ocultar sus intenciones, porque cuando Sanchol llamó á Mohamed ibn-Yila, uno de sus generales, y le preguntó su parecer acerca de la disposiciones de sus soldados respecto á él, le respondió:

—No quiero engañaros, ni sobre mis propias opiniones, ni sobre las del ejército, así

que os diré francamente que nadie se batirá por vos.

—¿Cómo nadie? le preguntó Sanchol, que aunque ya desengañado de la fidelidad de una parte de sus tropas, no esperaba, sin embargo, confesión semejante; ¿y de qué modo podría convencerme de que es fundada vuestra opinion?

—Haced que tomen vuestras gentes el camino de Toledo, y decidles que vais á seguirles y vereis entónces si hay soldados que os acompañen.

—Acaso tengais razon, dijo Sanchol tristemente, y no se atrevió á arriesgarse á hacer la prueba que el berberisco le proponía.

En medio de la defeccion general, solo le quedó un amigo sincero y adicto, era uno de sus aliados leoneses, un conde de Carrión de la familia de los Gomez. (1)

—Veníos conmigo, le dijo este caballero; mi castillo os dará asilo, y yo verteré hasta la última gota de sangre, si es preciso, para defenderos.

(1) Véase sobre estos condes á Sandoval. «Cinco Reyes,» fól. 62 v. y sig.

—Gracias por vuestra oferta, mi buen amigo, le replicó Sanchol, pero no puedo aceptarla. Es preciso que vaya á Córdoba, donde me esperan mis amigos, que se levantarán como un solo hombre en mi favor, desde que sepan que estoy en los alrededores. Espero además, estoy seguro de ello, que en cuanto llegue, muchos de los que parecen estar ahora por Mohamed, abandonarán á ese hombre para venirse conmigo.

—Príncipe, replicó el conde, no os entregéis á vanas y quiméricas esperanzas; creedme, todo está perdido, y así como el ejército se ha declarado en contra vuestra, tampoco encontraréis en Córdoba quien os ayude.

—Lo veremos, replicó el Amirida; pero hé resuelto ir á Córdoba, é iré.

—No apruebo vuestro designio, le dijo entónces el conde; y estoy persuadido de que os dejais guiar por una ilusion que ha de seros fatal, pero suceda lo que quiera no os abandonaré.

Habiendo dado la órden de continuar la marcha á la capital, llegó Sanchol á una posada que se llamaba Manzil-Hani. Allí se detuvo, pero los Berberiscos aprove-

chándose de la oscuridad de la noche, desertaron en masa, y á la mañana siguiente, no tenía á su lado mas que los criados de su casa y á los soldados del conde. Este le suplicó por última vez que aceptara la oferta que le habian hecho, pero fué inútil; el jóven corría desatentadamente á su pérdida. «He enviado yá á Córdoba al cardí, dijo; pedirá mi perdon, y estoy seguro de obtenerlo.»

La tarde del jueves 4 de Marzo, llegó al convento de Chauch. Algunos ginetes que Mahdí había enviado á su encuentro, lo hallaron allí al dia siguiente. «Qué me que-
reis? le dijo Sanchol, dejadme en paz, pues que ya me he sometido al nuevo gobierno.—En este caso, le respondió el jefe del escuadron, venios á Córdoba conmigo.» Sanchol tuvo que obedecer esta órden apesar suyo, y habiéndose puesto en camino, encontró despues de medio dia al primer ministro de Mahdí, acompañado de un destacamento mas considerable. Se hizo alto y mientras enviaban á Córdoba el harem de Sanchol, que se componía de setenta mujeres, se le llevó ante el ministro. Sanchol besó muchas veces el suelo delante de este Omeya, pero se le gritó: «Besa

tambien el casco de su caballo» Lo hizo así, mientras el conde de Carrion miraba en silencio la profunda humillacion de aquel ante quien habia temblado un imperio poderoso. Luego, cuando lo montaron en un caballo distinto del suyo, gritó el ministro: «¡Que le quiten el gorro!» y ejecutada esta órden se pusieron en camino.

Al oscurecer, cuando llegaron á la posada, los soldados recibieron órden de atar á Sanchol las manos y los pies. Mientras que cumplian brutalmente esta órden, «Me estais lastimando, les dijo: dadme un momento de respiro y dejadme una mano libre.» Habiendo conseguido su demanda, sacó en un abrir y cerrar de ojos un puñal de su botina, pero los soldados se lo quitaron antes de que tuviera tiempo de herirse. «Yo te ahorraré ese trabajo,» gritó el ministro, y tirándolo al suelo, lo mató y luego le cortó la cabeza. El conde fué muerto tambien.

Al día siguiente, cuando los jinetes entraron en Córdoba, presentaron al Califa los restos de Sanchol. Habiendo hecho embalsamar su cadáver, Mahdí lo pisoteó con su caballo, y luego lo hizo clavar, vestido con una túnica y un pantalon, en una cruz co-

locada cerca de la puerta de palacio, y al lado de la cabeza que estaba en la punta de una pica. Al lado de estos horribles restos, había un hombre que gritaba sin cesar: «Hé aquí el felicísimo (1) Sanchol! Que Dios lo maldiga y á mí también!» Era el comandante de la guardia de Sanchol, que no había obtenido su perdón sino á condición de espiar de esta manera la fidelidad que había mostrado á su amo (2).



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Este es el nombre que había tomado Sanchol.

(2) Nowairi, p. 474-9, Maccari, t. I, p. 278 379.

XIV. (1)

Todo parecía ir, al principio, á medida del deseo de Mahdí. El pueblo de Córdoba lo había elevado al trono, los Berberiscos lo habían reconocido y no habían pasado cinco días desde la muerte del Amirida,

(1) Véase Nowairi, p. 479, 484; Ibn-Khaldun, fól. 19 r. y v.; Ibn-Halyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 7 v., 8 r. y v. (Ibn-Bassam parece haber abreviado mucho este pasage.) Ab-el-wahid, p. 28-30; Ibn-al-Abbar, p. 159, 160; Ibn-al-Athir, en el año 366; Maccari, t. I, p. 278; Rodrigo de Toledo «Hist. Arabun,» c. 32-35. Sobre las fechas se puede consultar un artículo en mis «Recherches,» t. I, p. 238 y sig., 710 de la primera edición. Sobre el epitafio de Oton, obispo de Gerona, véase también la «Esp. Sagr.,» t. XLIII p. 157 y sig.

cuando recibió una carta en que Wadhid el mas poderoso de los Eslavos y gobernador de la Frontera inferior, le aseguraba su obediencia, diciéndole que la noticia de la ejecucion del usurpador, le había causado gran alegría. Como Wadhid debía su fortuna á Almanzor, Mahdí no esperaba de su parte una sumision tan pronta, así, que se apresuró á darle pruebas de su reconocimiento; envióle mucho dinero, un vestido de honor, un caballo ricamente enjaezado y el diploma de gobernador de todas las fronteras.

Todos los partidos se habían pues, agrupado al rededor del gobierno. Esta era por lo menos la apariencia, el movimiento espontáneo de primera hora, pero esta unanimidad era menos real y estaba menos arraigada de lo que parecía. La revolucion se había verificado bajo el imperio de una especie de fiebre general que no había dado tiempo á que se manifestara el buen sentido, pero cuando vino la reflexion, se comenzó á conocer que con la caida de los Amiridas no estaba todo terminado, todo restablecido, ni todo reparado; que podía haber aun, algo que condenar y de que quejarse bajo otro régimen. Madhí, no te-

nía ni talento, ni virtud. Era un hombre disoluto, cruel, sanguinario y tan torpe que se enagenó sucesivamente todos los partidos. Comenzó por licenciar siete mil obreros que se habían alistado. Como no podían dejar á Córdoba á merced de las clases bajas, esta medida era sin duda necesaria, pero descontentó al pueblo, que orgulloso con haber hecho la revolucion, se encontraba muy bien recibiendo un gran sueldo sin hacer nada. En seguida, desterró de la capital á gran número de esclavos Amiridas y quitó el empleo á otros esclavos que servían en palacio. Esto era lanzarlos al partido de la oposicion, mientras que con un poco de tacto acaso se los pudiera haber ganado. Al mismo tiempo irritó á los devotos. Como no salía de palacio, no pensaba mas que en distraerse, y los piadosos musulmanes referían con horror, que daba festines en que tocaban un centenar de laudes y otro de flautas. «Hace lo mismo que Sanchol» decian. Se le llamaba el «bebedor,» se le acusaba de turbar la paz de muchas familias y le sacaban coplas como ántes se las habían sacado á su rival. Su crueldad, acabó de perderlo en la opinion pública. Wahih le había enviado las cabezas de muchos ha-

bitantes de las fronteras que se habían negado á reconocerlo, y el mandó plantar en ellas flores y colocarlas á la orilla del río, frente á palacio. Gustaba de contemplar este extraño «jardin» é inducía á sus poetas entre los cuales se distinguía Zaid, que, despues de haber adulado á los Amiridas, adulaba ahora á su enemigo, á componer versos sobre este asunto. (1)

Ya, malquistado con el pueblo, con los Eslavos, con los devotos y en general con todas las gentes honradas, Mahdí, no hizo nada para atraerse á los Berberiscos, que sin embargo, se habían entregado á él por su propia voluntad. Verdad es, que estos rudos pastores eran muy odiados en la capital. El pueblo no les perdonaba haber sido los fautores y el apoyo del despotismo de los Amiridas y si Mahdí los hubiera tomado abiertamente bajo su proteccion, hubiera perdido la poca popularidad que le quedaba. Sin embargo, como no podía volverlos á África, hubiera debido contemplarlos. No lo hizo. Á cada instante les manifestaba su ódio y su menosprecio. Les pro-

(1) Véase «Abbad,» t. I. p. 244.

hibló hasta montar á caballo, llevar armas y entrar en palacio. Esto era una gran imprudencia. Acostumbrados á ser respetados honrados y mimados por la corte, los Berberiscos tenían el sentimiento de su dignidad y de su fuerza. Así, que, no se resignaron á no ser nada en el Estado y un dia en que muchos de sus palacios habían sido saqueados por el populacho sin que se hubiera opuesto la policía, Zawi y otros dos jefes suyos, se fueron á buscar al Califa y exigieron imperiosamente el castigo de los culpables. Intimidado por su actitud firme y resuelta, Mahdi se escusó lo mejor que pudo y para apaciguarlos mandó cortar la cabeza á los instigadores del desorden. Pero pronto se repuso de su terror y comenzó á vejar de nuevo á los Berberiscos.

Sin embargo, por aturdido que fuera no se le ocultaba enteramente el peligro de su posición, y lo que temía sobre todo, era que el nombre de Hixem II, no llegara á ser un dia la enseña de union de todos los partidos á quienes había ofendido. Resolvió, pues, no matar á su augusto prisionero, sino hacerlo pasar por muerto. Justamente acababa de morir (Abril de 1009) un cristiano que se parecía mucho á Hixem.

Madhí, hizo llevar á palacio secretamente su cadáver, y lo enseñó á algunas personas que habian conocido á Hixem. Sea que realmente fuera muy parecido, sea que las personas en cuestion estuvieran ganadas, ello es, que declararon que este cadáver era el del último califa. Mahdí hizo venir entónces ministros de la religion, notables y hombres del pueblo y habiendo sido recitadas las oraciones mortuorias, el cristiano fué enterrado en el cementerio musulman con todos los honores reales. A verdadero Hixem, Mahdí lo hizo encerrar en el palacio de uno de sus visires.

Asegurado por esta parte, el imprudente Califa creyó que ya todo se lo podía permitir. En el mes de Mayo hizo poner en prision, no se sabe por qué, á un hijo de Abderramen III que se llamaba Soliman y á quien poco ántes había nombrado heredero del trono. Amás, dejó penetrar su intencion de hacer morir á diez jefes bérberiscos. No era preciso tanto para hacer que los africanos tomasen las armas y por su parte Hixem hijo de Soliman, trabajó activamente para formarse un partido. (1) Lo

(1) En su «Tratado sobre el amor» (fól. 121 r.) Ibn-Hazm, habla incidentalmente de la rebelion de este Hixem que tomó el sobrenombre de Rachid.

consiguió sin dificultad; los siete mil obreros licenciados por Mahdí, eran un ejército siempre dispuesto á toda sedicion. El 2 de Junio se reunieron estos hombres ante el palacio de Hixem lo proclamaron Califa, este los llevó entónces á llano fuera de la ciudad y habiéndose reunido á él los Berberiscos marchó contra el palacio de Mahdí. Arrancado bruscamente á sus placeres, el Califa mandó preguntar á la multitud lo que quería. «Tu has puesto á mi padre en prision, le mandó responder Hixem, é ignoro lo que ha sido de él.» Mahdí puso entónces en libertad á Soliman, pero, si creyó que con esto bastaba para hacer que la multitud se dispersara, se engañó, pues Hixem, le envió á decir que debía tambien cederle la corona. Queriendo ganar tiempo, fingió Mahdí entrar en pláticas con él, pero como la negociacion iba larga, los obreros y los Berberiscos que se fastidiaban con su inaccion fueron á saquear é incendiar las tiendas del mercado de los guarnicioneros. Entónces los Cordobeses tomaron las armas, no para sostener á Mahdí, sino para preservar á sus casas del saqueo y pronto vinieron en su ayuda, los soldados que el Califa había tenido tiempo de reunir. El com-

bate duró todo un día y una noche, pero en la mañana del viernes 3 de Junio, los Berberiscos se vieron obligados á tomar la fuga en el mayor desórden. Parte de los Cordobeses los persiguió hasta las orillas del Guadalme-yato; otros saquearon sus casas y se apoderaron de sus mugeres y se prometió una prima á todo el que trajera la cabeza de un berberisco. El anti-Califa Hixem, y su padre fueron hechos prisioneros y Mahdí los mandó decapitar.

En cuanto los Berberiscos se rehicieron, juraron vengarse de una manera ruidosa, pero tenían poca habilidad y no sabían cómo componérselas. Felizmente para ellos tenían á Zawi. Oriundo de la dinastía cinhe-djita, que reinaba en la parte de África de que era capital Cairawan, era mas civilizado y mas inteligente que la mayor parte de sus hermanos de armas y comprendió que ante todo era preciso oponer un competidor á Mahdí. Tenía en la mano un Omeya, Soliman, sobrino de Hixem, que despues de haber tomado parte en la bar-rabasada de su tío, había seguido á los Berberiscos en su fuga. Zawi propuso á sus camaradas que lo reconociesen por Califa. Algunos se negaron diciendo, que Soliman era

un buen hombre, pero que no tenía ni bastante energía para ser jefe de un partido, ni bastante experiencia para mandar un ejército. Otros no querían ningún jefe árabe. Para hacer adoptar su resolución, recurrió entonces Sawí á un medio que nuevo sin duda para los Berberiscos, no lo hubiera sido sin embargo para nosotros. Tomó cinco lanzas y habiendo hecho con ellas un haz, se las dió al soldado que pasaba por tener mas fuerza, diciéndole: «Procura romperlo!» No habiendo podido hacerlo el soldado continuó diciendo: «Desata ahora la cuerda y rómpelas una á una.» En un instante el berberisco las rompió todas. «Que esto os sirva de ejemplo, Berberiscos, dijo entonces Zawí, unidos sois invencibles, desunidos vais á perecer, porque estais rodeados de enemigos implacables. Pensad pues en el peligro y decidme pronto lo que pensais.—Prontos estamos á seguir tus prudentes consejos, gritaron por todas partes y si hemos de sucumbir, que no sea al menos por culpa nuestra.—Pues bien! continuó Zawí tomando á Soliman de la mano, jurad pues, ser fieles á este Coreixita. Nadie podrá acusaros de aspirar al gobierno del país y como es árabe, muchos de su nacion

se declararán por él y por vosotros.»

Cuando se hubo prestado juramento á Soliman, y este príncipe declaró que tomaba el sobrenombre de Mostain, Zawí habló de nuevo: «Las circunstancias, dijo, son graves, y ante todo es preciso que ninguno trate de satisfacer su ambicion, arrojándose un poder á que no tenga derecho. Que cada tribu elija, pues un jeque, y que este responda con su cabeza al Califa de la fidelidad de su regimiento.» Así se hizo y, naturalmente Zawí fué elegido por su tribu de Cinhedja. (1) Desde el principio, pues, Soliman no tuvo autoridad alguna sobre los Berberiscos que habian elegido sus capitanes sin consultarlo; no era mas que un testafarro, y nunca fué otra cosa.

Los Africanos marcharon á Guadalajara, y habiéndose apoderado de la ciudad; propusieron á Wadhíh que hiciera causa comun con ellos, pidiéndole les abriera las puertas de Medinaceli. Pero Wadhíh, no escuchó sus proposiciones y habiendo recibido refuerzos de Mahdí, los atacó. Fué batido, pero los Berberiscos no tuvieron por

(1) Ibn-al-Khatib, artículo sobre Zawí, man. G. fól. 133, v.

qué felicitarse de su victoria, pues Wadhíh les cortó los víveres, de modo, que durante quince días, no tuvieron mas que yerbas por alimento. Para salir de este apuro enviaron algunos de los suyos á Sancho, conde de Castilla, para que solicitasen su intervencion, y le propusieran una alianza, en el caso en que Madhí y Wadhíh, no quisieran hacer la paz.

Cuando llegaron á la residencia del conde, los Africanos se encontraron con una embajada de Madhí, que había traído á Sancho, caballos, mulas y otros presentes, y le había prometido muchas ciudades y fortalezas, si quería socorrer al Califá de Córdoba. ¡Cuánto había cambiado todo en pocos meses! Ya no eran los Musulmanes los que dictaban la ley á los príncipes cristianos, era, por el contrario, el conde de Castilla el que iba á decidir de la suerte de la España árabe.

Bien informado del estado de los negocios de sus vecinos, y sabiendo que el poder de Mahdí pendía de un hilo, el Conde prometió á los Berberiscos declararse en su favor si se comprometían á cederle las fortalezas que le habían prometido los mensajeros de Madhi, y cuando convinieron

despidió á los otros embajadores, y envió al campo Berberisco mil bueyes, cinco mil carneros, y mil carros cargados de víveres. Los berberiscos se encontraron pronto en disposicion de ponerse en campaña, y habiéndoseles reunido el conde con sus tropas, tomaron el camino de Medinaceli.

Cuando llegaron cerca de esta ciudad, hicieron nuevas tentativas para ganarse á Wdhih á su partido. No lo consiguieron mas que ántes, y creyendo con razon que no debian peder tiempo, marcharon directamente sobre Córdoba (Julio de 1009). Siguiólos Wadhíh con su caballería y los atacó, pero despues de haber perdido muchos de los suyos, se vió obligado á tomar la fuga, y llegó á Córdoba con cuatrocientos caballos, donde se le reunió uno de sus tenientes con otros doscientos que habian tenido tambien la fortuna de escapar á la matanza.

Noticioso de que los Berberiscos marchaban contra la capital, Madhí, despues de haber puesto sobre las armas á todos los que se hallaban en estado de llevarlas, se había atrincherado en una llanada al E. de Córdoba. Pero en vez de esperar al enemigo, tuvo la imprudencia de salir en su

busca. Los dos ejércitos se encontraron en Cantich (el 5 de Noviembre de 1009) y un escuadron de treinta berberiscos bastó para introducir el desorden en las filas de la indisciplinada masa de sus contrarios. En su fuga precipitada ciudadanos, burgueses, obreros y faquies se derribaban unos á otros. Los Berberiscos y los Castellanos los acuchillaban á centenares, y hubo muchos que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir. Se calculan en diez mil los que perecieron en esta horrible matanza. (1) Wadhíh conoció bien pronto que todo estaba perdido y acompañado de sus seiscientos caballos, tomó á escape el camino del Norte. Mahdí por su parte, se refugió en su palacio, donde no tardó en verse sitiado por los Berberiscos. Creyó salvarse devolviendo el trono á Hixem II, y haciéndolo sacar de la prision, lo situó de modo que lo pudieran ver los Berberiscos á quienes envió al Cadí Ibn-Dhacwan, para decirles que Hixem vivía todavía, que lo miraba como

(1) Este número se encuentra en el historiador mas antiguo y mas digno de crédito, esto es, en Ibn-Haiyan («apud» Ibn-Bassam t. I, fól. 8 r.) Otros cuentan veinte mil y hasta treinta y seis mil.

su señor y que él no era mas que su primer ministro. Los Berberiscos se rieron de este mensaje. «Ayer, le respondieron al Cadí, Hixem estaba muerto y tú, y tu emir recitábais sobre su cadáver las oraciones fúnebres, ¿cómo ha de vivir hoy? Por lo demás, si es verdad lo que dices, nos alegramos de que viva Hixem, pero no lo necesitamos para nada, porque no queremos mas Califa que á Soliman.» En vano trató el Cadí de excusar á su señor y todavía estaba hablando, cuando los Cordobeses que temblaban al aspecto del príncipe que amenazaba sus muros, salieron á su encuentro y lo reconocieron por soberano.

Mientras que Soliman verificaba su entrada en la capital, donde Berberiscos y Castellanos cometieron todo género de excesos, Mahdí se ocultó en la casa de un cierto Mohamed de Toledo, que le suministró los medios de ganar esta ciudad, por que todas las fronteras desde Tortosa hasta Lisboa, estaban todavía por él. Así, que cuando Sancho recordó á Soliman su promesa, éste se vió obligado á responderle que no podía satisfacerle por el pronto, pues que no poseía todavía las ciudades de que se trataba, pero se comprometió por se-

gunda vez á entregarle, en cuanto estuvieran en su poder y entónces Sancho abandonó á Córdoba con sus tropas que se habían enriquecido á espensas de los habitantes de la ciudad (14 de Noviembre de 1009.)

La suerte de Hixem no cambió. Soliman despues de haberlo obligado á abdicar en favor suyo, lo hizo encerrar de nuevo, pero cediendo al deseo de los antiguos servidores de los Amirritas, hizo enterrar con las ceremonias acostumbradas el cuerpo de Sanchol.

Entretanto, Mahdí había llegado á Toledo, cuyos habitantes le hicieron escelente acogida. Soliman marchó á atacarlo y envió sacerdotes á los Toledanos, para que los amenazaran con su cólera, si continuaban en su rebelion. Pero estas amenazas no produjeron efecto y no queriendo emprender el sitio de una plaza tan fuerte como Toledo y esperando, por otra parte, que se había de someter espontáneamente en cuanto lo hiciera el resto de España, se dirigió á Medinaceli. Durante su marcha, muchos esclavos vinieron á engrosar su ejército y se apoderó de Medinaceli sin combate porque Wadhíh había evacuado esta ciudad,

retirándose á Tortosa. Desde alli escribió á Soliman, diciéndole que lo reconocía siempre que le permitiera quedarse donde estaba.

Él no obraba de este modo, mas que para escapar á la persecucion de Soliman y ganar tiempo. Aprovechóle su astucia, Soliman cayó en el lazo y dejó á Wadhíh el gobierno de todas las fronteras.

Teniendo ya las manos libres, Wadhíh se apresuró á hacer alianza con dos condes catalanes, Raimundo de Barcelona y Ar-mengol de Urgel, á quienes prometió todo lo que quisieron y marchó á Toledo, acompañado de un ejército catalan y del suyo, donde se unió con las tropas de Mahdí. Soliman intimó entónces á los Cordobeses que tomasen las armas, pero como no obedecían á los Africanos mas que á regañadientes, se escusaron diciendo que no estaban en estado de combatir. Por lo demás en Cantich lo habían demostrado y los Berberiscos que preferían no tener en el ejército soldados de aquel temple, le rogaron á Soliman, que les dejara á ellos solos el cuidado de la victoria. Soliman se dejó persuadir y habiéndose adelantado hasta Aca-ba-al-bacar, lugar que se hallaba cerca de

cuatro leguas de Córdoba. (1) encontró al ejército de su adversario, que se componía de treinta mil musulmanes y nueve mil cristianos (en la primera mitad de Junio de 1010.) Sus generales lo colocaron á retaguardia, aconsejándole que no abandonara su puesto aunque los enemigos le pisaran los piés y atacaron á las tropas catalanas, pero conforme á las reglas de la estratégica oriental, volvieron enseguida la espalda al enemigo, para volver impetuosamente á la carga. Desgraciadamente, Soliman que recibía órdenes de sus capitanes, no comprendía su táctica y viendo la vanguardia volverse atrás, no dudó que había sido batida y creyendo que todo estaba perdido, echó á huir á todo escape, siguiendo su ejemplo los caballeros que lo acompañaban. Los Berberiscos, sin embargo, volvían á la carga y atacaron al enemigo con tanta furia que mataron sesenta jefes catalanes, entre los que se encontraba el conde Armentgol de Urgel; pero cuando vieron que Soliman había abandonado su puesto, se reti-

(1) Véase Edrisi, t. II, p. 64, 65. Hoy castillo del Bacar.

raron á Zahra, de modo, que los Catalanes quedaron dueños del campo. Así es como Soliman perdió, por su ignorancia y su cobardía, la batalla de Acaba-al-Bacar de que acaso hubiera salido vencedor, si hubiera comprendido la táctica de sus capitanes ó se hubiera prestado á obedecer sus órdenes. Por lo demás, el triunfo fué obtenido por los Catalanes, porque las tropas de Mahdí y de Wadhíh no parecen haber tomado parte muy activa en el combate.

Mahdí entró en Córdoba, y esta desdichada ciudad que había sido saqueada seis meses antes por los Castellanos y los Berberiscos, ahora lo fué de nuevo por los Catalanes. Mahdí salió en persecucion de los Berberes que marchaban hácia Algeciras, matando á todos los que encontraban, y saqueando las aldeas, pero que volvieron sobre sus pasos en cuanto supieron que sus adversarios los buscaban. El 21 de Junio (1) vinieron á las manos los dos ejércitos, donde el Guadaira desemboca en el Guadalquivir. Esta vez los Africanos ob-

(1) Esta es la fecha que da Nowairi. Tambien se encuentra en un documento latino publicado en la «Esp. Sag. t. XLIII, p. 156.

tuvieron una completa venganza del descalabro que habian sufrido en Acaba-albasar. El ejército de Madhí, fué derrotado; muchos capitanes de eslavos, y más de tres mil catalanes quedaron en el campo de batalla, además del gran número de soldados que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir. (1)

Dos dias despues entraron los vencidos en Córdoba, y los Catalanes, furiosos con su derrota, se condujeron con una crueldad inaudita. Mataron especialmente á todos los que tenian algun parecido con los Berberiscos, pero cuando Madhí les rogó que marcharan de nuevo contra el enemigo, se negaron, diciendo que las pérdidas que habian sufrido no se lo permitian. Dejaron, pues, á Córdoba (el 8 de Julio,) y apesar de todo el mal que habian hecho, los habitantes los vieron partir con sentimiento, porque las hordas berberiscas, contra las que hubieran podido defenderlos, les inspiraban más miedo todavía. «Despues de la partida de los Catalanes, dice

(1) «En las olas del mar,» dice Nowairi. Es sabido que el flujo y reflujo llega hasta el sitio en que se había dado la batalla.